

lanzarlas contra Hannover y Hamburgo, que pertenecían ahora á Inglaterra, por ser la dinastía de Hannover la que reinaba en Inglaterra desde 1715. Esto sin dejar de indicar la conveniencia de una expedición á Levante para destruir el comercio inglés

ó bien hacer la paz pura y simplemente con Inglaterra, del modo que se pudiera y como se pudiera. De estos tres proyectos, el primero era imposible, porque era necesario atravesar parte de Alemania, y era provocar la Prusia; el tercero el Directorio lo



MOREAU

había hecho imposible despidiendo á Malmesbury de Lille; quedaba el segundo que ofrecía las riquezas de Oriente (?) y desde luego se puso éste sobre el tapete, el día 5 de Marzo comenzó su estudio, indicando el general, que es lo que debería hacerse para la conquista de la isla de Malta y de Egipto.

Los escritores franceses imperialistas y otros á quienes ha cegado el entusiasmo patrio, se maravi-

llan de la concepción de una operación militar tan arriesgada, dominando los mares Inglaterra. En efecto, Inglaterra domina los mares, pero no domina el Mediterráneo que en este momento está señoreado por las escuadras francesas, si no fuera así, ¿Inglaterra hubiera dejado que se establecieran en las islas Jónicas los franceses? España con la escuadra de Mazarredo encerrada en Cádiz, impide que

Nelson pase el Estrecho, y los armamentos que se hacen en la Mancha retienen allí otras escuadras que deben defender la independencia de Inglaterra. Recuérdese lo que Grenville le dijo á Thugut respecto á enviar una escuadra al Mediterráneo, y ahora diremos

que ésta misma posibilidad no la veía Inglaterra sino cuando se hubiesen desvanecido los temores del desembarco, ó Austria hubiese conseguido la neutralidad de España. Por consiguiente el mar estaba libre, y como Bonaparte contaba con poder salir á



BERNADOTTE

últimos de Abril de Francia, tenía todo el tiempo necesario para realizar cómodamente su proyecto.

¿A qué iba á Egipto? Los escritores democráticos franceses responden á ganarse el prestigio necesario para destruir en provecho propio la República francesa. Otros aseguran que solo iba allí á emular las glorias de Alejandro, que se había dejado cegar por sus triunfos, y quería ahora pasear su glo-

ria por los países siempre maravillosos del Oriente para la pobre Europa.

Bonaparte quería en verdad ir á Egipto para destruir la preponderancia inglesa, y Nelson creía firmemente que desde Alejandría se podría destruir sin gran trabajo la obra de Inglaterra en la India. Bonaparte creía fácil la conquista de Egipto, y no se equivocó. Creía que Turquía no pondría empeño



en defender aquel estado vasallo dominado por los mamelucos, y creía que podría, de acuerdo con las potencias orientales de Europa, inaugurar en Oriente una política contraria al fenomenal crecimiento de Rusia, y al absorbente poder marítimo de Inglaterra. Esta es la verdad. Y cuando en toda la vida de Bonaparte no se encuentra un solo rasgo de generosidad política, increíble parece que se le hayan podido atribuir arranques propios de un espíritu fantaseador y caballeresco, él, que todo era cálculo y previsión.

Para la época convenida, todo estaba dispuesto. La escuadra franco-veneciana al mando de Brueys, estaba en Tolon con centenares de buques de transporte. Las tropas estaban concentradas, los generales en sus puestos, y Bonaparte se disponía a marchar para embarcarse, cuando se recibieron de Viena noticias inesperadas y de suma gravedad.

Cuando Bonaparte había hecho nombrar para embajador de Francia en Viena al valiente Bernadotte tan jacobino como todos los generales de la época, es que había descubierto cualidades en el general que éste desarrolló más tarde, pero que el gran conocedor de los hombres hubo de pensar que desde luego obrarían en favor de Francia. Pero Bonaparte creía que sus hombres habían de transformarse tan aprisa como él, y en esto se equivocó, y en verdad que esto hubiera sido necesario que fuera así, pues mandar a Viena a un general, a un hombre que se había formado en los cuarteles y en los campamentos para que tratara de la más alta política, solo podía concebirle ó un necio, ó un hombre convencido, y este es el caso, del gran valor de Bernadotte.

Debía Bernadotte tratar de convencer a Austria que no le convenía más aliado que Francia, esto lo mismo en Alemania que en Oriente, cuando Francia se apoderaba de las islas Jónicas, y se disponía para la conquista de Malta y del Egipto. Además debía ahora a consecuencia de la marcha de las negociaciones de Rastadt, convencer a Thugut que todo aquello le era lo más conveniente, a la vez que debía decirle y convencerle de que se había de ir a la paz en Rastadt, sin nuevas compensaciones en Italia y en Alemania.

Ahora bien, Bernadotte resultó desde el primer momento un diplomático incapaz. Convirtió la embajada francesa en cuartel general de los patriotas polacos, y en ella no se hablaba más que de la restauración de Polonia mediante una compensación que se daría a Austria, y de esto tenía la culpa el haberse llevado un secretario polonés, que nada deseaba tanto como la emancipación de su patria. A

esto se unía una rudeza de formas, y una falta de trato social y de las conveniencias políticas, que acabaron por anularlo completamente. Lo comprendió Bernadotte, y el 12 de Abril pidió su relevo, que él mismo se dió desde el día siguiente. Pero el 13 de Abril, era el aniversario del levantamiento de la landwehr contra Bonaparte al avanzar por la Styria, y como él supiera que esto se quería celebrar, lo que en verdad era impolítico, resolvió hacer por su parte una contra manifestación, colocando en los balcones de la embajada, lo que entonces no era costumbre, una bandera francesa de cuatro metros de largo con una inscripción en francés que decía: «República francesa.» El pueblo exaltado, vió en esto una provocación, se presentó tumultuariamente delante de la embajada, y como sucede siempre en estos casos, un atrevido se encaramó al balcón, y arrancó la bandera francesa. Bernadotte, a quien la policía y el gobierno austriaco había dejado sin defensa durante algunas horas, reclamó enérgicamente una satisfacción ó sus pasaportes, y como no se contentara con las excusas de Thugut y de Collaredo el ministro del imperio romano, pidió y obtuvo por sus enérgicas exigencias los pasaportes.

De momento todo fueron preparativos de guerra. El archiduque Carlos, que mandaba ahora los ejércitos de Bohemia y Moravia, envió tropas para proteger al archiducado y otras hacia Baviera, mientras Bonaparte hacía desembarcar parte de sus fuerzas y las dirigía a la frontera de Italia para que Brune cubriese a Italia. Pero la guerra no convenía ni a Austria ni a Francia, a Austria, porque como sabemos, no había aún estrechado bastante sus relaciones con Prusia, Inglaterra y Rusia, para una nueva coalición; a Francia, porque Bonaparte quería la guerra de Egipto ya con fines políticos claros y determinados en su espíritu. Esto lo sabemos por una carta suya a su hermano José, en la que le dice que había muerto la república «ese sueño de su infancia, pero que no se había formado aún opinión bastante sobre lo que debía reemplazarla, por cuyo motivo él se marchaba para que esta unión se formase. Que si la campaña le salía bien, no dudaba que a su vuelta sería él elegido de Francia, y si en su ausencia un general victorioso aparecía en Francia, esperaba que el Oriente le daría ocasión para que sus servicios fueran más estimados.» En Santa Elena completó Bonaparte esta carta, al escribir: «que había partido para dar ocasión a que el Directorio sufriera durante su ausencia algunos reveses, a fin de que su regreso significara la vuelta de la victoria a las banderas francesas.»

Bonaparte, pues, iba a Egipto en busca ya de una situación personal propia, de algo que ya no podía ser la república. ¿Había entrevisto por este tiempo el ambicioso general de veintiocho años algo como la corona imperial que César fué a buscar a Alejandría?

Como esto parece en contradicción con lo que antes hemos dicho, conviene ver cómo se había ido formando en el ánimo de Bonaparte la creencia de que había muerto ya la República francesa que iba a confiarle sus ejércitos para que la asesinasen.

Bonaparte abandonaba a París para embarcarse en Tolon el día 3 de Mayo de 1798, el día antes el Directorio había principiado un nuevo golpe de Estado; cuando Bonaparte se hubo embarcado el golpe de Estado se había consumado. Bonaparte, pues, sabía al marchar como dejaba los asuntos interiores de la república.

¿Qué participación tuvo Bonaparte en el golpe de Estado de floreal—11 de Mayo, ó 22 floreal?—Para nosotros a lo menos la misma que tuvo en el de 18 fructidor. Esto no sabemos que se haya estudiado, y creemos que no faltarían elementos de prueba. Nosotros no podemos detenernos en esta investigación. Recuérdese, empero, como Bernadotte fué a París al ver el carácter francamente revolucionario que Augereau daba al movimiento de fructidor.

¿De qué se trataba? De ganar las elecciones. Cuando un gobierno se acostumbra a manejar los colegios electorales a su gusto, cree que toda elección contraria a su deseo es contraria a todos los intereses permanentes de la sociedad, y por consiguiente que todo le es permitido para salvar la patria y la sociedad.

Creyó en un principio el Directorio que debía tomar enérgicas medidas para impedir de nuevo el triunfo de los realistas, y a este efecto propuso a los Quinientos verdaderas iniquidades contra los electores que los Quinientos se apresuraron a aprobar, y que los Ancianos desecharon. Pero júzguese cual no sería el asombro del Directorio al notar que el peligro para él venía ahora de la izquierda, de los verdaderos republicanos, de los terroristas como entonces se decía.

Ya hemos dicho que el golpe de Estado de fructidor había sido una como rehabilitación del antiguo y verdadero partido republicano, y como sus representantes se habían de nuevo apoderado en muchas partes de la administración pública y del gobierno de la opinión, hasta el punto de que el Directorio vió claro su triunfo para la renovación del último tercio de convencionales.

Ahora bien, los antiguos republicanos los vencidos con Danton y Robespierre no veían en los hombres del Directorio mas que a sus antiguos enemigos, y a hombres prevaricadores y corrompidos, y como el Directorio se personificaba en Barras, y éste como ya hemos dicho gozaba de pésima reputación, Barras vió claro que el triunfo de los radicales significaba pura y simplemente su caída, por esto no habiendo podido dominar las elecciones, una vez hechas trató por todos los medios de anularlas alejando la presión que el pueblo había ejercido en las asambleas primarias. Propuso, pues, la anulación a los Quinientos de las elecciones de aquellos colegios que más se habían significado, y los Quinientos lo aprobaron el día 7 de Mayo, y los Ancianos lo ratificaron el día 11, tal fué el golpe de Estado de floreal que alejó de las Cámaras a unos sesenta diputados, pero cuya consecuencia inmediata fué la de indisponer contra el Directorio buena parte de los elementos militares más adictos, como Augereau, Jourdan, Brune, etc., y a todo el antiguo partido republicano que le había dado el triunfo el 18 fructidor.

Júzguese, pues, por lo dicho, cuán convencido no hubo de partir Bonaparte que se le habría de llamar para poner orden en la república, cuando aquellos de sus compañeros que hubieran podido oponérsele, ó habían unos muerto, ó a los otros nada les había de ser más grato que la caída de los hombres de floreal.

En el seno del Directorio no reinaba tampoco la armonía. Barras, Rewbell y Bonnier marchaban ahora de acuerdo, pero Treillard que reemplazó a Neufchateau se unió a Merlin de Douai, y pronto veremos las consecuencias de ese dualismo, que por de pronto daban por resultado la incertidumbre y la vacilación en la marcha política, cuando era más necesaria que nunca en esos tiempos de golpes de Estado y de grandes negociaciones políticas con los extranjeros.

Por un momento pudo creerse en Rastadt que la situación política interior de Francia cuyo desenlace perentorio hemos visto iba a ser favorable a la paz, pues, no hubo de dejar de presentarse la agitación revolucionaria de Alemania, que en el Oberland badense llegó a poner en armas 8.000 mil hombres, y en el Wurtemberg obligó a su duque a acceder a una reforma constitucional mientras obligó al rey de Prusia a intervenir en Hamburg para poner orden en la ciudad y cerrar los clubs democráticos, como Presidente del círculo de la Baja Sajonia, pero ya el 3 de Mayo dieron conocimiento los enviados